

EL
SECRETO
FABERGÉ



CHARLES BELFOURE

En el interior de las joyas favoritas del zar
se oculta la clave de una intriga que sacudirá al Imperio

San Petersburgo, 1903. El príncipe Dimitri Markhov, amigo íntimo del zar Nicolás II, vive rodeado de lujos en la corte imperial junto a su esposa. El zar, amante del arte, continúa con la tradición familiar de coleccionar huevos Fabergé, que adornan las salas del Palacio de Invierno. Sin embargo, fuera de la corte, el pueblo vive una realidad muy distinta bajo la tiranía zarista, en particular los judíos.

Cuando Dimitri conoce a la joven Katya Golitsyn, siente que es su alma gemela. A medida que el vínculo entre ellos crece, Katya descubre sus antepasados judíos y comparte con Dimitri la violenta realidad de su pueblo. Ambos deciden entonces sumarse a una conspiración para establecer una monarquía constitucional; conspiración en la que la colección de huevos Fabergé será un eje central, pero un descuido podría ponerlo todo en riesgo y desatar la furia del zar.

Índice de contenido

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Capítulo 44

Capítulo 45

Capítulo 46

Capítulo 47

Capítulo 48

Capítulo 49

Capítulo 50

Capítulo 51

Capítulo 52

Capítulo 53

Capítulo 54

Capítulo 55

Capítulo 56

Capítulo 57

Capítulo 58

Capítulo 59

Sobre el autor

RUSIA IMPERIAL 1903



Prólogo

El zar se levantó de la mesa del comedor y le sonrió a Dimitri.

–Tenemos un nuevo disco para escuchar en el gramófono. Es la «Obertura-Fantasia», de *Romeo y Julieta*, de Tchaikovsky. ¿Nos acompañas al estudio, Dimitri?

–¡Oh, por favor, ven! –gritó la gran duquesa Tatiana, y tomó el último bocado de su tarta de frambuesa–. Podemos jugar a las cartas mientras lo escuchamos.

Dimitri se inclinó y besó a Tatiana en la mejilla.

–Como desees, mi pequeña alteza. Iré dentro de unos minutos.

Aún entraba bastante luz por la ventana, por lo que Dimitri podía ver con la suficiente claridad todo lo que había en los estantes de la sala de exhibición. Frunció los labios y se decidió. Esta vez sería el Huevo de la Coronación, el tercer huevo de Pascua de Fabergé que Nicolás le había regalado a Alejandra. Lo levantó y abrió la tapa esmaltada en amarillo con bisagra. Dentro había una réplica exacta en oro y diamantes incrustados del carruaje que la pareja imperial había usado el día de su coronación. Lo sacó con cuidado del huevo y se maravilló ante el increíble trabajo. Incluso las ruedas de platino y la tapicería rojo fresa eran idénticas a las del modelo real. Abrió la pequeña puerta, colocó el papelito doblado en el suelo del carruaje y luego lo volvió a meter en el huevo. Como de costumbre, lo

puso ligeramente por delante de los otros huevos y regalos para indicar a sus compañeros agentes cuál de los objetos contenía el mensaje. Entreabrió la puerta de la sala de exhibición para ver si había alguien rondando por ahí, y después se apresuró por el pasillo de mármol hacia el despacho del zar.

1

–Qué hermoso día de Pascua –exclamó el gran príncipe Dimitri Sergeyeovich.

Bebía un zubrowka en el porche de su anfitrión, el conde Yuri Bykov.

El conde, que estaba de pie junto a Dimitri, cerró los ojos y alzó el rostro para disfrutar de la radiante luz del sol.

–Hace un tiempo mucho más agradable aquí que en San Petersburgo, ¿no, Dimitri? –Le dio un sorbo al vodka y regresó a la mansión.

Dimitri lo vio atravesar las anchas puertas francesas que daban al porche del ala sur. Admiraba este detalle, así como el resto de la hermosa casa que él había diseñado dos años antes. La mansión, de setenta y cinco habitaciones, trazada al modo clásico del gran arquitecto italiano Palladio, estaba revestida de mármol pentélico gris blanquecino; el mismo mármol que se utilizó en el Partenón, en la antigua Grecia. Había creado un pequeño reino para el conde, quien había ordenado demoler la casa solariega original del siglo XVIII de su finca de campo de 153 km² para construir una más espléndida, con electricidad, baños modernos y calefacción central.

Dimitri se volvió para admirar el magnífico paisaje frondoso que se extendía frente a él. Era un maravilloso panorama montañoso en Besarabia, una provincia en el extremo suroeste del Imperio ruso, cerca de la frontera rumana. Pascua, el día más sagrado para los rusos, era una festividad de gran alegría en todo el imperio. En compañía de la

familia Bykov, Dimitri y la princesa Lara Pavlovna Markhov, su esposa desde hacía diez años, habían asistido durante la víspera a la misa de medianoche en la catedral principal de la Iglesia ortodoxa rusa de Chisináu. Al final del oficio, el sacerdote de lengua barba había proclamado: «Cristo ha resucitado». Detrás de la procesión religiosa encabezada por los sacerdotes, el pueblo había salido de la catedral con velas parpadeantes en las manos, creando con ellas ríos de luz por las calles oscuras, en su camino de vuelta a casa para la gran celebración que tendría lugar a medianoche. Algunos se habían desviado hacia el cementerio para desear una feliz Pascua a sus familiares fallecidos.

Las siete largas semanas de ayuno de Cuaresma, cuando no se podía comer mantequilla, leche, huevos ni carne, habían terminado a medianoche, y Dimitri estaba ansioso por comer lo que le apeteciera. Después del oficio de Pascua, una extraordinaria cena los esperaba en la mansión del conde Bykov. Los símbolos de la celebración de Pascua –*kulich*, un pan cilíndrico glaseado en la parte superior, y *pashka*, un requesón relleno de frutas confitadas y vainilla con forma de pirámide truncada– se alineaban sobre la mesa, cubierta por un delicado mantel de lino, en el gran salón de banquetes. Todos habían aplaudido cuando pusieron sobre la mesa el tradicional lechón de ojos soñolientos y de piel dorada y crujiente, con un huevo de Pascua metido en la boca. La celebración duraba hasta la madrugada del día siguiente, y los invitados tenían la intención de permanecer despiertos para observar el amanecer, pero la mayoría de ellos cayeron borrachos en su cama.

Ahora era la tarde del domingo de Pascua. La Iglesia ortodoxa no daba misa ese día, pero las campanas de la catedral de la ciudad tañían durante toda la jornada. Dimitri podía escucharlas débilmente en la distancia. La princesa Lara llegó al lado de su marido.

–Estoy tan contenta de que haya acabado la Cuaresma... –dijo la princesa.

Después de años de un matrimonio sin amor, Dimitri tenía que admitir que aún seguía impresionado por la increíble belleza de su esposa. Lara estaba deslumbrante en su vestido de encaje lavanda y blanco, acentuado por un collar de diamantes con un colgante largo en forma de corazón.

–Te entiendo, llevo semanas muerto de hambre –respondió Dimitri.

–No me refería a eso, tonto –repuso ella con desdén—. Sabes que durante la Cuaresma una mujer no puede usar terciopelo o satén, y las únicas joyas que puede lucir se limitan a un mísero collar de perlas. Ahora por fin puedo volver a usar mi mejor ropa y mis joyas.

–Princesa Lara, ¿puedo ofrecerle algo? –preguntó el barón Boris Savarin, un hombre corpulento de unos cincuenta años, con un rostro amplio, plano y rubicundo.

Cada vez que Lara asistía a un evento social, los hombres la adulaban y se desvivían por atenderla. A ella le encantaba; Dimitri sabía que vivía para que la admirasen.

–Es usted un encanto, barón. ¿Podría traerme una copa de champán?

–Por supuesto, su alteza. Será un honor.

Los domingos de Pascua estaban reservados para hacer visitas. Hombres y mujeres atravesaban apresurados la ciudad, de una casa a la siguiente, para ver a los amigos y desearles una feliz Pascua. Por su condición de noble, el conde Bykov no tenía que visitar a nadie, sino que la gente acudía a él.

Uno de los invitados más distinguidos era el obispo Iakov, el máximo representante de la Iglesia ortodoxa en Chisináu. Como cortesía con la aristocracia, asistía para bendecir el hogar y los alimentos. En un rincón de la terraza, el obispo hablaba con el conde Krijitski. Bykov salió al exterior con un nuevo vaso de vodka y empezó a conver-

sar con Vassily Kulgin, un comerciante adinerado, y con el general León Demin.

Cuando Dimitri y Lara se acercaron para reunirse con ellos, él vio humo en el horizonte.

–Parece que algo está pasando en Chisináu –dijo Dimitri en voz alta.

A lo lejos se arremolinaban columnas aisladas de humo gris que se alargaban hacia el cielo azul, cubierto de grandes nubes.

–He oído que hay disturbios en el barrio judío –explicó Kulgin, despreocupado, y siguió charlando con Bykov sobre la cosecha de trigo de ese año.

–¿De qué hablan estos hombres tan apuestos? –preguntó la princesa Lara con tono pícaro y seductor.

Dimitri había visto a su esposa usar este ardid muchas veces antes, en las innumerables fiestas de la corte y de la sociedad petersburguesa. Viniendo de una aristócrata tan atractiva, los hombres se sentían muy halagados; sobre todo los gordos y entrados en años. Era en particular efectivo con los provincianos, algunos de los cuales se sonrojaban con intensidad. Ni siquiera antes, cuando habían estado enamorados, a él nunca le importaron sus coqueteos; lo divertían. Su desamor había comenzado cuando Lara se sintió atraída por el interés de varios de sus admiradores. Savarin le ofreció el champán y ella besó ligeramente su gorda mejilla en recompensa.

Antes de que alguien pudiera responder, Lara continuó:

–Bueno, espero que sea del nuevo amante de la bailarina imperial, Elizaveta Roerich, el príncipe Gorky.

A Dimitri no le sorprendió esta noticia. Muchos aristócratas rusos eran amantes de su bailarina favorita del Ballet Imperial, como si fueran propietarios de un preciado caballo purasangre. A cambio de sexo y compañía, el «mecenas» prodigaba joyas, dinero y casas a la bailarina. Ellas aceptaban porque guardaban los regalos como fon-

dos de jubilación para cuando fueran demasiado mayores para bailar.

La condesa Elena Bykov, una mujer aún deslumbrante para sus sesenta y tantos años, se acercó al grupo junto con la princesa Tremenisky, una encantadora y elegante belleza de cuarenta años que llevaba una magnífica gargantilla de perlas y diamantes. Las seguían otras damas de la corte que habían sacado sus mejores joyas y vestidos, como había hecho Lara. Salvo por los oficiales militares, los invitados masculinos iban todos vestidos igual, con levitas negras y pantalones grises.

—¡El príncipe Gorky! —exclamó la condesa—. ¿Ese viejo torpe? Tiene el tamaño de un oso polar. ¡En la cama dará vueltas y la aplastará como a un insecto!

—Ha engordado tanto que he oído que ahora usa un corsé hecho a medida —agregó el conde Krijitski.

El grupo estalló en carcajadas, a excepción de Dimitri.

—Dejemos que el viejo príncipe se divierta, tiene problemas en casa —señaló Lara con seriedad—. Su hijo mayor y heredero, Vladimir, se viste de mujer y coquetea con hombres en los bares de la avenida Nevsky.

—Vlad tiene rasgos muy femeninos y una silueta esbelta. ¡Apuesto a que, con un poco de colorete y maquillaje, es una mujer muy convincente! —añadió la condesa.

—En el último baile de la temporada me preguntó dónde había comprado mi vestido —afirmó la princesa Tremenisky—. Le dije que era de Worth.

—Bueno, al menos es un degenerado sin moral con excelente gusto para la ropa —replicó Lara.

Dimitri les lanzó una mirada furtiva de desdén y se alejó del grupo. El príncipe Gorky le caía bien; era un viejo tonto, pero tenía buen corazón. Dimitri sabía que el chisme era la lengua materna de la aristocracia rusa. Lara y esa panda de estúpidos y superficiales la hablaban a la perfección y constantemente. Estaba harto. No era un mojigato, sabía disfrutar de un buen chisme, pero desde hacía un

tiempo añoraba demasiado una conversación inteligente. Y sabía que no encontraría algo así en la corte.

—Su alteza, el té está servido —anunció un sirviente de uniforme escarlata y dorado que se había acercado a ellos. Todos los criados llevaban zapatos de suelas blandas para silenciar sus pasos.

La condesa guio a una docena de invitados al salón principal, cubierto con una bóveda de cañón enlucida y con las paredes de damasco azul, divididas por pilastras de mármol rosa. Como buena anfitriona inglesa, la condesa sirvió el té de un samovar burbujeante de plata que unos sirvientes con pelucas empolvadas distribuyeron junto con bandejas cargadas de pastelillos. Se sentaron en sillas y sofás exquisitamente tapizados situados al lado de varias mesitas de té blancas estilo Luis XIV. Los criados se afanaban en rellenar los vasos y retirar los platos vacíos. Bykov contaba con un ejército de cuatrocientos sirvientes tan solo en esta propiedad; algunos con trabajos extraordinariamente específicos, como un hombre que solo se encargaba de sus botas de caza. En algunas de sus otras propiedades, dos lacayos se ocupaban en exclusiva de subir y bajar a la señora por la gran escalera, pero Dimitri había diseñado con ingenio un armario para un pequeño elevador que se encargara de esa labor. Mientras comía, Dimitri podía observar a los sirvientes en el salón de baile, situado en el otro extremo del vestíbulo, que tenían almohadillas de fieltro en los pies y patinaban sobre el suelo de parqué para lustrarlo hasta sacarle brillo.

—Yuri, ¿qué sucede en Chisináu? —preguntó.

—Alguien acuchilló a un estúpido campesino en febrero. Se corrió el descabellado rumor de que había sido un asesinato ritual perpetrado por los judíos. Resultó que fue el primo del chico quien lo mató para tener derecho a la herencia. Pero estos campesinos ignorantes siguen creyendo que los judíos lo hicieron para tener sangre de un cristiano con la que preparar la matzá de celebración del

Pésaj. Ahora los atacan. –Bykov cogió otro gran pastel de crema de la bandeja de plata que sostenía un sirviente.

Dimitri hizo una mueca. Aunque esta noticia le parecía bastante desconcertante, no causó mayor impresión en el grupo. Todos siguieron conversando y devorando pasteles como hacía un minuto.

–¡Yuri, cálmate! Ya has comido más que toda la ciudad de Kiev –lo regañó la condesa. Después cambió la conversación a un tema más agradable–. Me muero por ver cómo serán los huevos imperiales de Fabergé esta Pascua.

–El Huevo de la Hoja de Trébol del año pasado es sencillamente extraordinario –exclamó la princesa Tremenskiy.

El huevo, que tenía un esmaltado verde translúcido, contenía en su interior cuatro retratos en miniatura de las pequeñas hijas del zar. Los marcos estaban incrustados de diamantes azules diminutos.

–El que el zar le ofreció a su madre con la miniatura en oro de su palacio en Gátchina era maravilloso –declaró la condesa–. Era muy preciso, incluso tenía la estatua de Pablo I.

–Mi favorito es el Huevo de Cucú, con el gallo rojo. Aparece de pronto, bate las alas y canta –intervino el general Demin.

–La belleza de los huevos de Fabergé es casi demasiado apabullante para la vista –agregó Dimitri–. Lo deja a uno atónito.

Le encantaba todo lo de Fabergé, y acudía con frecuencia a su tienda en San Petersburgo para comprar regalos. Peter Carl Fabergé, el joyero oficial de la corte imperial, marcaba la pauta del gusto de la sociedad petersburguesa.

–El huevo de este año es un diseño de Pedro el Grande –mencionó Lara, dirigiéndose más a su té que a los invitados.